

VEGACERVERA (LEÓN)

En la antesala de unas hoces que en este tramo del Torío dibujan su escalofrío más audaz, Vegacervera se ha convertido en capital de la cecina de chivo, a la que festeja cada primer domingo de noviembre. También es lanzadera hacia la montaña más hermosa

Montaña brava

La pasada semana se cumplieron quinientos años de los graves sucesos que tiñeron de sangre la quietud de Vegacervera. La villa entonces todavía se llamaba Cervera, un nombre debido a la riqueza en ciervos y venados de su entorno. También tenía en su término a Valporquero, cuyos montes alimentaban orondas piaras de jabalíes.

Así que aquel territorio era uno de los predilectos de la colegiata de San Isidoro, que recibía de él sabrosas y surtidas provisiones.

La vega que completa el nombre primitivo impone su amplitud en la embocadura de las hoces, cuyo tajo geológico empujó a buscar caminos laterales que evitaran el tránsito por su angostura. El más frecuentado, por arrieros y peregrinos al Salvador de Oviedo, fue el que remonta por Coladilla y Villar del Puerto hacia Gordón. De hecho, Coladilla conserva, a pesar de los destrozos bélicos, elocuentes vestigios románicos y jacobeos en su templo. Los más llamativos, la corona de veneras que adorna la puerta románica. En la cabecera rectangular muestra algunos toscos canecillos. Cada año, al acercarse Santa Marina, que se celebra el 18 de julio, los vecinos del concejo se congregaban en el Escobio para asistir a la asamblea que atestiguaba el nombramiento de juez. En realidad, acudían sus delegados, elegidos en diciembre, para sancionar con su presencia la decisión del abad isidoriano. El acto tenía lugar en el Canto del Escobio, junto a la bifurcación del ramal que se dirige a La Vid.



Valle del Torío en Vegacervera, con los Sierros Negros y la hoz del río al fondo.

EL ABAD Y EL COMUNERO

Nadie había puesto en cuestión hasta aquel año de 1508 la jurisdicción del abad sobre el territorio. Un dominio que arrancaba del siglo doce, cuando el concejo de Cervera se

Guía



CÓMO LLEGAR

Vegacervera se encuentra en la LE-311, en la antesala de las hoces del Torío.

DÓNDE COMER

En Vegacervera, Vélez (987 578 248) y Las Hoces (987 591 341).

COMPRAS

En Vegacervera, Cecina de Chivo (987 591 198), Cárnicas Miserias (987 591 444) y El Montañés (987 591 413).



Casa blasonada.

cambió por otras posesiones que la colegiata entregó al rey, con ventaja en el trueque para la corona.

Sucesivos documentos de Alfonso VI y Fernando II avalaban la donación. Pero al arriscado Ramiro Núñez de Guzmán, señor del vecino Aviados, aquellas concesiones le decían muy poco. Era un territorio colindante con sus dominios y esa cercanía le avivaba su apetencia.

Ramiro era un magnate de la casa de los Guzmanes, que tenía su abolengo en tan alta estima como la prosapia real. Una docena de años más tarde, con ocasión del levantamiento comunero, iba a ponerlo bien de manifiesto con su enfrentamiento al príncipe Carlos. Para su infortunio, que lo arrastró con la derrota al exilio de Portugal, de donde nunca pudo regresar.

Pero aquel mes de julio de 1508 el poderoso Guzmán no estaba dispuesto a permitir que el abad de San Isidoro siguiera entregando la vara y el ramo de acebo a los jueces.

Por su parte, el abad, para reforzar su postura, había convocado a gentes de todo el contorno que le arroparan en el acto de dar las varas de mando a los jueces del rey y de San Isidoro, presentes en todas las causas civiles y criminales del territorio. En ese reparto de funciones, el abad se reservaba la solución de las apelaciones y de los posibles agravios que cometieran sus delegados.

Ramiro Núñez de Guzmán armó a sus arqueros con saetas envenenadas y alentó a la tropa con generoso reparto de vino, mientras pregonaba por los alrededores que iba a domar al abad atándole con una sarta de yerba. El día del Carmen mandó a su gente armada tomar el pueblo y rodear la casa donde el clérigo se hospedaba.

Eran dos mil hombres armados, con carros de abasto y pertrechos de guerra. Así que no les costó mucho reducir a la gente más indefensa del abad, 'después de haber comido y bien bebido'. Hubo cinco heridos y un muerto, 'envenenado con una saeta'. Al abad lo encerró en su casa.

TRAVESÍA DE LAS HOCES

De aquellos tiempos medievales, Vegacervera sólo conserva la memoria de su castillo, encaramado sobre los Sierros Negros, a la puerta de las hoces. Su último uso estratégico, para defender este paso, tuvo lugar durante la guerra civil, cuando se reforzaron todas las cornisas de la cordillera con parapetos y trincheras.

Olvidadas aquellas querellas, el aliciente de Vegacervera se concentra en su entorno natural, de una belleza estruendosa y bravía. Especialmente, en la travesía de las hoces, cuya angostura ha sido una tentación permanente para los proyectistas de embalses. Es un tramo muy hermoso, con muros verticales y oquedades donde entrenan escaladores y espeleólogos. Un reja protectora cierra la tentación del pozo del Infierno, peligroso incluso para los expertos.

Pero la lanzadera natural de Vegacervera no limita su horizonte a las hoces. Alrededor se ofrecen los collados del Villar y del Horzal y el valle de Correcillas. Al otro lado de las hoces aguarda la maravilla subterránea de Valporquero. El puente que llaman romano se tendió en el dieciocho y lo averió una crecida. Por una de esas barbaridades consuetudinarias, el asiento de su estribo derruido fue ocupado por una casa moderna, de manera que convirtió en imposible la razonable restitución de su despliegue original.

La iglesia de las Nieves es un templo sencillo y anodino, típico de esta montaña, donde cualquier alarde artístico es una excepción. Lo más interesante es la pila del agua bendita, procedente del despoblado de Valdesalinas. Tampoco el caserío es pródigo en piedras venerables. Apenas la casona doblemente blasonada de los Getino da testimonio de su pasado heráldico. A su lado, una cuadra ocupa la antigua capilla de San Cristóbal.

Los vestigios de la ermita de San Juan, junto al río, los explanaron hace unos años. Pero a la entrada del pueblo un monumento caprino alerta al viajero de que se encuentra en la capital de la más exquisita de las chacinas. O sea, la cecina de chivo o castrón, cuyo nombre evitan los lugareños con el conjuro de 'Dios nos libre'.